



Fernando Diez de Medina

LAUDES A LA ESPOSA MUY AMADA

1971

*
*
*
*

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

INDICE

LAUDE	1
LAUDE	2
LAUDE	3
LAUDE	4
LAUDE	5
LAUDE	6
LAUDE	7
LAUDE	8
LAUDE	9
LAUDE	10
LAUDE	11
LAUDE	12
LAUDE	13
LAUDE	14
LAUDE	15
LAUDE	16
LAUDE	17
LAUDE	18
LAUDE	19
LAUDE	20

[A LA BIEN AMADA LEJANA](#)

Nota del Editor: El escritor Fernando Diez de Medina publicó Laúdes a la Esposa Muy Amada el año 1971, al cumplirse dos años del fallecimiento de su esposa en una edición limitada a 500 ejemplares que distribuyó gratuitamente. La primera edición no fue comercializada; el escritor afirmaba que sería inmoral ganar dinero con escritos hechos en su memoria. Respetando su voluntad, presentamos esta edición electrónica sin costo alguno para el lector.

Y la llamé la Siempre – Novia
Porque en sus ojos grandes y
serenos resplandecía el signo
de la eterna juventud.

LAUDE 1

La vida está hecha de misterio y certidumbres. Unos seres, ciertas cosas, te conducen al enigma; otros te dan la certeza de aquello que puedes conocer y dominar. Son dos reinos diferentes: presentido el uno, abierto y comunicable el segundo.

Si afirmo que hay quien puede suscitar a un tiempo el arcano y las evidencias, no lo creerás. Y si añado que amor de esposa es más que pasión de amante, dudarás. Ni crees que la guardadora de tu dicha pueda ser a la vez musa de aventuras. El sosiego lo buscas adentro, la cambiante movilidad del mundo en el contorno. Y piensas, como la inmensa mayoría, que inteligencia de varón y sentimiento de amador son pétalos diversos.

Un prejuicio tan antiguo como estúpido te induce a separar el jardín secreto del corazón, de los vastos campos que aguardan a tu voluntad, porque estimas que amador y cazador son menesteres diferentes.

—¿Eres ciego, no saber ver?

Yo te diré que el hombre brota de su querer y las razones todas de su hacer regresan, siempre, a la chispa interna que las suscitó.

No hay grande hombre sin pasión grande. Y toda acción insigne — creación, guerra, gloria, paz, hazaña, ambición, solidaridad — lleva nombre de mujer.

No son muchas las elegidas, mas las hay algunas que acercan el sentimiento de la divinidad a la comprensión humana. Habitan cielo y tierra. Encienden todo lo que tocan. Hermosean cuanto miran. Al tiempo lo detienen y el suelo que pisan se carga de relámpago gozosos. Como el mediodía: irradian. Como la noche estrellada: entregan la eternidad en puntos móviles.

—No hay mujer perfecta.

—Lo dices porque no la encontraste.

—Helena, Beatriz, Julieta, Margarita, Diotina, Gradiva... Imaginaciones de los vates.

—No: seres vivos que dieron vuelo a la proeza poética.

Amigo incrédulo o desencantado, negador del más fino regalo que Dios hace al hombre: mujer bella, mujer buena, mujer de seducciones sin desmedro.

Cuando era joven me ufanaba de tenerla. Ahora, en la madurez, me asombro de haberla merecido.

—¿Cómo puede un hombre de verdad someterse a encanto de mujer?

—Es encanto de mujer el que enaltece a hombre de verdad.

—¿Pero quien es ese ser portentoso que te hace abdicar de orgullo y personalidad?

—Es mi esposa María, mujer y diosa a la vez.

Y no dije al amigo que cada mil años una estrella baja a la tierra para acompañar a un hombre, porque éste es un misterio que todavía no he transformado en certidumbre.

LAUDE 2

Habito — o me habitan — dos mundos: el mundo María, casi indecible porque las palabras retroceden frente a su pureza victoriosa; y aquel otro del pequeño demonio que me desvía de la senda recta.

No coexisten simultáneos. Se suceden, alternativamente, porque así fue dispuesto. Sientes el roce del ala del Angel y soportas los desgarramientos del Maligno. Tú, yo, todo ser de razón y sentimiento.

Pero a pocos fue donado el estado de gracia dentro del general transcurrir esas chispas de luz, ese retorno cotidiano a la gozosa confianza, la sensación de que aun siendo una frágil criatura humana, se abre la senda de dicha para el imperfecto y el ansioso.

No tiene límites ni formas el mundo de María. Traspasa el tiempo. Estuvo ahí. Sucede. Seguirá siendo mientras haya estrellas en el cielo, corazones en la tierra.

El entendimiento no lo explicaría, tampoco las voces del sentir. Es algo poderoso, indefinible a un tiempo mismo. ¿Por qué me invadió con olas de beatitud? Es uno, entre muchos, el elegido y siempre se sabe indigno de tamaña merced.

Ni los reinos de la fantasía ni los tesoros de la realidad pudieron más porque el mundo de María hace de puente entre la maravilla viva y el invisible más allá.

¿Cómo — diréis — es posible que un pobre mortal se siente partícipe de lo irrevelado, criatura a la vez del limitado instante y de la intemporal inmensidad?

Por la tierra cunden dolor y desengaños. Pero aun sometido a ellos, yo, habitante — o habitado — del mundo de María, miro en el misterio de sus ojos oscuros el eterno amanecer de una felicidad sin mengua. Una espada de luz me abre camino al futuro y santifica la hora presente. Allá, distanciándose, las rosas intemporales del tiempo transcurrido junto a Ella no se deshojan nunca.

Territorio sin gobernante, el que se organiza por sí mismo.

Ser hombre, vivir, pensar, entregarse a la acción y a la meditación, luchar, caer, volverse a levantar, hacer por sí y darse a los demás, amar, soñar, honrar la condición humana y loar al Creador, ya es maravilla. Más varón tocado por el don de amor que acrece y esclarece avanza en el milagro.

No es para referido ni explicado el tiempo del portento. Ni lo creerán frecuente los incrédulos. Más todavía: dirán los negadores que el Buen Amador de su Dama - y Ella solamente!- aquel que piensa poseer las claves del universo y del ser por el influjo del eterno amor, es descabaldo sueño.

No obstante sucede así: uno entre muchos transcurre entre Angeles sobre la dura tierra.

Porque el Mundo de María signa para siempre al Fiel Amador y eterniza en los laudes el misterio de su llama inextinguible.

LAUDE 3

Este hogar tiene su estrella: fue marcado por el Señor. Si reparas en sus moradores, los ves alegres y confiados, con la tranquila fuerza de los justos. Si invades su interior, te sale al encuentro la misteriosa armonía de sus habitaciones. Si das una vuelta por sus jardines te saludan los árboles inmóviles, las plantas inquietas y las flores amorosamente cuidadas.

Todo tiene el equilibrio de su propia perfección.

¿Pero es que puede hablarse de serenidad contentamiento en el agitado mundo que nos mueve y nos contiene?

Aquí se guarda la ley de Dios, se temple el decoro humano. Para el dolor resignación, recato en la alegría.

Una vela por todos, todos se miran en esa fuente de luz y de bondad que los sustenta. Inagotable de ternura, incansable en el celo que vigila, oportuna de palabra y de consejo, ella es la Reina de las Hadas que da belleza y transparencia a este mundo familiar.

Pueden, afuera, herirte maldad, contrariedades. Pero apenas posas el pie en la Casa de María y ella aparece serena y sonriente, la confianza vuelve a tu alma y el júbilo a tu corazón.

¿Es buena? Más buena que los mejores días del Señor. ¿Es hermosa? Es más hermosa que el mar. ¿Es inteligente? Fina de comprensiones lo alcanza todo y en el bien razonar nadie la excede. Hecha de suavidad y de firmeza es la Madre Victoriosa, la que sabe hacerse amar y respetar. Conduce tiernamente, mas en los trances difíciles no se disuelve como el azúcar húmeda: afronta valerosa el malestar.

Este hogar se afirma en Ella. Brilla con el oro de sus virtudes, se ufana por la sabiduría de sus decisiones. Centro de toda fe, remanso para la duda, jamás se le conoció culpa ni error.

¿Dirás que conociste alguna más bella y más digna? No lo creo. Suma de perfecciones, Ella es la belleza misma y la virtud en su grado más excelso. Resplandece de un suave encanto que hermosea los seres y las cosas.

Nos fue donada como signo de amor y de ventura.

Madre, esposa, amiga, amante, consejera, musa. Gobernadora del sueño y de la vida.

¿Conoces a María, la viste enaltecer la espiritualidad del matrimonio? Podrás decir que después de Dios recorriste el velo que cubre el arcano mayor del tránsito terreno: la serena perfección de la mujer en su sagrado ministerio de ligar las vidas.

Se esconde, se retrae. Le bastan su hogar, su casa, su misión concertadora de voluntades.

He nombrado a María Paz Campero que donada me fue por compañera.

Desmentiré a Ferdusi: la vida no es un sueño que pasa. La dicha perdura y se acrecienta en manos de mujer enamorada.

Imagino la eternidad en la eterna seducción de mi Bien Amada.

LAUDE 4

Veinte años de perfecta inteligencia, nunca turbados por la robadora desarmonía.

¿Cómo exaltar a la Incomparable si sus virtudes escapan de alabanza? Todo decir será corte, escasa toda loa, porque la Meritísima hizo tanto por los suyos, se dio al amor y a la bondad tan hondamente, que el corazón, perplejo, no sabe cómo expresar su reconocimiento.

Mujer fuerte — clama La Biblia. Pero a la vez mujer valerosa y dulce y siempre fiel, como María, nadie la tuvo. Porque Ella es todas las mujeres en una. En verdad: el amigo mejor, o el único. Sola concedora y entendedora de mis desvaríos.

En cierta manera, hechura suya soy. Porque solo a su influjo conocí la alegría y me forjé honesto, osado y prudente a un tiempo.

Tres luceros me dió que decoran el cielo familiar: Beatriz, la inolvidable, Sonia y Rolando. Los tres con el sello de su rectitud y de su encanto. Le debo tanto, tantísimo, que mil vidas y cien mil acciones no bastarían para saldar lo recibido.

Cruzaba el sendero más áspero y pérfido del vivir: todos fallaron menos Ella. No podía ser de otro modo: la Fidelísima nunca abandona al Soñador.

Si Dios nos concede otros veinte años juntos, habré colmado todo anhelo terreno.

El mundo que Ella erigió con su ternura, con su abnegación, con maravillosa delicadeza, es en verdad el contramundo: todo interior, de remansado transcurrir, fuerte en los muros que lo defienden de las exteriores asechanzas, dulce y flexible por la fina elasticidad de sus contornos.

Por Ella aliento, a Ella pertenezco. Cuanto más me acrecientan ni esfuerzo y mis acciones, me siento más pequeño junto a Ella.

Es la virtud sin mácula. La que florece sin aguardar recompensa. La joven dadora de confianza y de alegría.

Volveré a las palabras de antaño: para que mi esposa pudiera comprender cómo la amo, tendrían que inventarse las palabras de nuevo. Porque no hay arte, por excelso que sea, que no se humille, temblorosos, ante el misterio sagrado del Buen Amor.

El más indigno de los hombres fué exaltado por la compañía de la más noble de las mujeres.

María, la no comparable con ninguna porque a todas las excede.

Si Khayyam la hubiera conocido sus rabays serían menos tristes y más clara su filosofía. Porque Ella, la Iluminadora, sagaz antagonista de quebrantos, conoce la ciencia de transmutar las penas en ventura.

Evoca la vivacidad del colibrí y el oro cálido de la flor de la retama.

María, la Bien Amada.

LAUDE 5

Sol de alegría. Música de músicas. Rosa entre todas la perfecta y delicada.

Buena como los Angeles. Más todavía: Arcángel para gobernar la casa, manejando a maravilla los dos corceles indómitos del Amor y del Rigor.

Sin ella ¿qué sería de nosotros?

Con lazos impalpables liga y ordena todo por la ternura vigilante que no conoce tregua. Sabe lo necesario, adivina lo conveniente, rige sutilmente las almas y las cosas, las concierta en ordenado movimiento, con un arte secreto que parece descender de incógnitas esferas.

Revuelto el mundo, las gentes atemorizadas. Pero entramos al refugio de paz que Ella ha creado, y el sosiego, el júbilo retornan a nuestros corazones. Porque verla, escucharla, sentirla es como sumergirse en la beata contemplación de un vivir más alto.

¿De dónde viene nuestra fuerza? Ella nos envuelve y nos guía con su amor, con su prudencia, con su abnegación quehacer.

Une la inteligencia al carácter, la generosidad al buen gusto, la simpatía indecible a la exquisita sensibilidad.

Buscas, buscas entre miles o entre millones: jamás encontrarás nadie que remotamente se le aproxime. Descuella entre todas, cimera y radiante como el astro vespertino.

La que nadie podría imitar. La insustituible.

Revestida de pureza y de encanto, hace pensar: que el Señor nos conceda la gracia de amanecer, en el esplendor de su sonrisa, de entregarnos al descanso bajo el ala purísima de su amor.

No importa lo que pueda acontecer en el mundo exterior: Ella tiene una sonrisa, la palabra justa, el ademán cordial para afrontar contrastes e inquietudes.

Entra a una estancia y la ilumina; sale de ella y la deja vacía.

Mirarla, mirarse en Ella: no hay cosa mejor.

De su regazo huyen las penas, en su seno desvanecen las melancolías. A su lado las horas como si no transcurrieran, eternizadas en fina dicha.

No la agudeza vibradora del violín; el tono grave y misterioso de la viola y de los cellos corresponde a su íntima y sosegada armonía interior.

¿Buscas la razón del mundo, el enigma del vivir?

Una sola mirada de sus ojos revela las claves buscadas. Y si Ella vierte amor en su mirar, entonces, Elegido, serás dueño del pasado y del futuro.

Porque la Siempre-Novia es la ventura que se entrega y no se agota.

LAUDE 6

Madre perfectísima, amada sin par: ¿qué podría decirle el poeta que no sea sombra fugitiva de su forma?

Junto a Ella los años transcurren leves. Todo fluye dulce y tranquilo de su intacta hermosura. La casa como encantada por su amorosa actividad. Los seres amados como brotados de su seno y engarzados en el metal desconocido de su nombre.

Hombre y luchador hincan la rodilla. El artista vacila. Si se aparta de su influjo el buscador se ve rodeado de luces mortecinas. ¿Quién osaría comparanza entre los anhelos del soñador y la gloria de tenerla por esposa?

Ni el hombre del Taj-Mahal conoció dicha tanta, porque él escogió una entre varias y el amador del María creció vertical en una sola espiga de ternura, acrecentado día a día, hora por hora, en las excelencias y encantamiento de la Elegida Para Siempre.

No soy celoso ni la guardo para mí. Es Ella que se retrae y entrega solo a los suyos. ¿Cuántos conocen el placer hondísimo de volver al hogar y hallar siempre a la Amada en quieta espera?

No habla mucho ni gusta de las discusiones encendidas, pero su voz llena la casa y su decir nunca errado se obedece sin tardanza. Conoce la gama de inflexiones para levantar al decaído, frenar al impetuoso, atemperar al colérico y variar los ánimos mudables del versátil.

A Ella acuden todos en demanda de ayuda y de consejo. Nadie sale defraudado. Mas Ella — rosa huraña — solo abre su intimidad al Elegido. Y recoger sus confidencias o llevarla del brazo en paseo sosegado, es como si el Señor hubiese abierto paso al sendero que conduce al Paraíso...

Versos, músicas, paisajes, figuras y esculturas, memorias, pensamientos, ocurrencias ingeniosas, hallazgos, sorpresas recónditas: todo junto a Ella se transfigura en manantial de felicidades.

Deploro decirte ávido lector o amador desolado que jamás conocerás la dicha más honda concedida al morador terreno, porque no amaste a María ni fuiste amado por María.

Y quien no puso sus fuerzas y sus sueños, sus obras y sus años al amparo del mirar misterioso de la Bien Amada, ignora en verdad qué es el amor y cómo se transfigura en lo eterno lo fugaz.

LAUDE 7

Envidia al florentino que amó sin esperanza, o al veronés consumido en la llama de su ardor?

A nadie envidio: ni al poeta insigne ni al joven caballero, por que amores excelsos hubo muchos, pero el mío, el suyo, es el único que rige nuestras vidas.

—¿Estudiaste la belleza, la eterna seducción de los arquetipos femeninos, ese arco de oro y de cobalto que alberga centenares de beldades desde la apartadísima Semíramis hasta la dulce Diotima cantada por Hölderlin?

—Para mí nada significan frente a la perfección de la Muy Amada que las oscurece a todas.

—Y las hermosuras desconocidas que no nacieron todavía ¿no temes que algún día desvanezcan la fama de la tuya?

—Pasado y futuro se funden en las excelencias de la belleza viva. Solo hay un amor trascendental y es el presente.

—La Sibila Déléfica y la Reina Giovanna difícilmente serían superadas. ¿No te extasían sus hechizos?

Para el buen amador la encantadora es una sola.

—¿Y las reinas de belleza, las muchachas soberbias a través de las cuales se afirma victoriosa la raza humana, nada te dicen?

—Flores de un día. Ninguna posee, como Ella, la virtud de estar en todo sin hacerse sentir.

—Eso es imposible. La mujer activa no puede ser ignorada.

—Nada la ignora, antes bien: todos la solicitan porque Ella da luz y sentido a sus vidas. Pero la discretísima sabe que no basta ser buena y cautivar. No se brinda, no se prodiga. Su amor es casto, pliega sus velos.

—Esa joya no existe. Estás idealizando a una mujer.

—No sé cómo serán las otras. La mía es una joven cuya presencia jamás cansa, de la que nunca quisiera uno alejarse.

—Es el orgullo el que te hace exaltar a la Elegida para enaltecerte a tí mismo.

Al contrario: me siento indigno de merecerla y tiemblo a la sola idea de perderla.

—Entonces ¿por qué te envanece como si hubieras desposado a la mujer más linda, buena y encantadora que alumbró el Sol?

—Pregúntale al Sol. Acaso en su rodar sin fin en su viejísima sabiduría, él podrá explicar por qué entre las incontables seductoras de los tiempos y entre las Marías numerosas, es una, solamente, la Perfectísima.

LAUDE 8

Yo sé los años que tengo. No quiero saber dónde estoy. No me hiere el pasado ni me inquieta el porvenir. Pero su nombre suelta sus notas de alegría y la primavera irrumpe en mi corazón.

—¿Por qué no viajas? — aconsejan los amigos. El mundo es lindo y vario. Muévete. Aprenderás, disfrutarás. Bueno es mudar de morada, voltear el libro de los rostros.

Callo y sonrío. ¿Qué saben los amigos del camino que lleva para adentro? En los ojos de la Bien Amada se cruzan todas las comarcas del ensueño. En sus manos la ternura enreda los diez mil hilos de la dicha. Soy el viajero afortunado, el que traspasa mundo sin moverse. Junto a Ella los instantes, vibran, cantan, fascinan. Lejos de Ella el día es gris. Dejadme hacer mi travesía: es corta y larguísima, rápida y morosa, no tiene principio ni fin. Es la distancia de su corazón al

mío. La vencimos tantas veces como estrella existen en el cielo, y como el cielo es insondable pero venturoso.

¡Bendita su carne que me dió tres hijos! ¡Su alma bendita que apaciguó la mía!

De los Ángeles recibió bondad. De las Diosas belleza y altivez. De los Espíritus Superiores inteligencia. De las Hadas juventud y encanto perennes.

Así como Platón, el idealista, hizo girar toda su sabiduría en torno al nombre y al ser de Sócrates que iluminó su pensamiento, yo digo que mi andadura poética y mis haceres de buscador parten de un centro de amor y a él mismo se restituyen: el nombre y la presencia de mi Esposa.

No es verdad que poder, gloria, riquezas, acción diversa y transformante coronen la vida del hombre. Más profundo, duradero, es el remanso de un amor solícito. Reyes del Mundo hubieron, habrán muchos, pero Señor de su Destino, portador de felicidad, pocos entre millones. Los que saben los tesoros y deliquios que se esconden detrás del nombre de la Muy Amada.

¿Qué música podría emular con su voz? Habla de ruiseñor, diamantes hondísimos del piano, regocijos de la fuente, gravedad de las violas ternurosas. Mañana sin la cascada de sus palabras, se obscurece. La noche, en cambio, trémula de su decir querido, cobra resplandor de zafiro: azul y regocija el alma.

Cuando ríe, el mundo y sus seres se solazan. Todos quieren serle motivo de alegría. ¡Que nadie la vea llorar, ni la roce la melancolía! Porque Ella es criatura de virtud y de verdad, ahuyentadora de penas y de sombras.

¿Recoges una canción de felicidad interminable? Es el secreto de mi fuerza, de mi poder creador, de mi íntimo sosiego. Si no la hubiera conocido a Ella, el mundo no me habría conocido a mí.

Todavía no se ha escrito el poema revelador de esta Casa de Venturas y de la Deidad que la anima y transfigura. Cuando él sea escrito, se verá que la Queridísima es reina entre reinas.

Gacela de dulzura, abeja en el trabajo, un misterio de amor que construye arde en su noble actividad.

De pronto el lenguaje enmudece y como se avergüenza: ya no tiene palabras para escrutar y transmitir sus atractivos.

Confuso quedo y humillado al terminar un laude en su honor: porque lo miro tan distante y tan pequeño de lo que pensé decir. Ni Saadi ni el Petrarca podrían prestarme su ingenio, porque aun siendo muy mayores sus liras que aun siendo muy mayores sus liras que la mía, siempre sonarán modestas al cantar las maravillas de la Esposa Fidelísima.

Si pienso en una estrella, diré que Ella es más pura. Si evoco a una rosa, diré que la supera en fragancia y en color. Si agradezco al sol, al agua, al aire, al fuego, a la materna tierra por sus dones propicios, más todavía a la Mujer que me fue donada, porque Ella conoce el secreto de esparcir ventura.

Ser felices por los días de los días ¿cómo puede ser si el mundo acosa con el dolor, el mal, la envidia, los desengaños? Sencillamente: transmutando las contrariedades en férvida ternura. Porque compañera comprensiva y reparadora de quebrantos, es la que el Señor entrega al luchador y al esforzado.

Soñador: corta el laude. Hace una hora que no te miras en sus ojos oscuros, una hora que su voz no encanta tus oídos. Ve junto a Ella y dile que deseas acercarte a Dios por el amor tranquilo y bienhechor de la Esposa Siempre-Novia.

LAUDE 9

He preguntado a las flores, a los pájaros, al árbol pensativo, al agua que canta en el surtidor: —¿Por qué Ella, solamente Ella? No puedo mirar ni pensar en otras, solo me regocija su contemplación.

Nadie me pudo responder.

Pero una tarde en que el sol escapaba en medio de tintas mortecinas, una frágil mariposa en el lenguaje aleteador de sus alas bermejas me dijo burlona:

—¡Qué tonto eres! Bajan el cielo a la tierra en forma de mujer, te la entregan en forma de mujer, te la entregan y preguntas por qué, intentas comparaciones imposibles.

He quedado confuso, arrepentido de mi pregunta.

Porque aquel que daría todos los tesoros del mundo por una sonrisa de la Esposa, no tiene derecho a preguntar.

Pálidas lucen la Sonriente del Giocondo, la Margarita goethiana, la Gradiva de Jensen junto a Ella.

He aprendido que la Belleza es una y única su representación significativa.

Digo "María" y las formas renacen con perfiles ardientes. Soy el poseedor del misterio que se entrega sin entrega.

LAUDE 10

Plegaria de reconocimiento. La diré en voz baja. Esposa mía, la tiernamente amada: quisiera vaciarme en imágenes de perfección para llegar a tí.

¡Oh compañera fiel, en este día suavísimo de júbilos, tengo tanto que agradecer y tan poco para darte!

Ni soles ni piedras preciosas, ni el mar ni las estrellas pueden significar los treinta años compartidos contigo.

Blancura de los almendros, perfume de las rosas, canto de la alondra tu más hondo.

Soy el hombre más rico del mundo porque te tengo a tí. Héroe y grandes palidecen cuando miran nuestra dicha.

Cada día, toda noche a tu lado. Un aventurero nace y se desvanece entre tus manos.

Una hora transcurrida contigo, vale por todos los encantamientos del planeta.

Fuente de las alegrías. Sagaz vencedora de las penas. Te llamaron María porque fuiste elegida.

Hermosamente redondeada tu existencia. Tan perfecta de ser y de conducta, que no eres la mejor sino la Única.

Ternura y comprensión son tus armas: por ellas siempre victoriosa.

Y el tiempo también vencedora, nada te desmedra. Inalterable, intacta, acrecentada en torres de sosiego.

Te buscan la confianza y el ensueño. Como vara de nardo tu palabra, leal y sagacísima.

Tu corazón arca de amores. Fuerte contra el Destino. Y sin embargo, dulce, reanimador para el quebrantado.

De trabajo y abnegación resplandecen tus días. Y misteriosamente acercas la actividad terrestre con la calma del cielo.

Tu casa como espejo. Tu jardín angélico. Los reinos de tu espíritu como brotados de la mano de Dios.

Sólo madre y esposa. No hay historia para tí. Mas la eternidad agradecida de los suyos.

Aun no nació el poeta digno de loar tu serenísima existencia, más alta que la más remontada fantasía.

¡Oh bien Amada! Criatura indecible, escapas al cautiverio del verbo y de la imagen. Siempre más allá...

La Nunca Bien Cantada. Mi compañera. El suceso mayor de mi existencia. Purísima secuencia de amor y de bondad.

Para honrar tu desvelo y mi destino, andaré por caminos de alegría.

¡Oh tu, la Inigualable, lleva al Señor mi plegaría de reconocimiento por haber merecido el don de tu presencia!

LAUDE 11

En la escala humana no existen cimas para Ella: las venció todas. Aun la palabra Reina queda distante de su perfección.

Nuestro hogar ¿no es el espejo de su alma hermosísima?

Y nada son los menesteres del poeta, del escritor, del varón de acciones esforzadas si se miden con el puro resplandor de su virtud.

La más bella, la más digna, la esposa irreprochable. ¿Quién le dió el don de encantar y renovar el mundo? No pasa el tiempo junto a Ella sigue ahondado en manantiales de amor y de ventura.

María se llama el poema de mi vida. María la clave de mi felicidad. María el misterio del buscador que sueña, busca y encuentra su ideal. María la música de mi corazón.

Soy criatura de su celo como Beatriz, Sonia y Rolando. Porque despertó en mí el espíritu, me alejó del error, veló sin fatiga mis quebrantos, supo acrecentarme en la llama suave de su palabra.

María se llama también, el mirar de los ojos más lindos del mundo.

Nada nos hizo faltar: armonía en la familia, mesa bien puesta, ropa limpia, jardín cuidado, casa en orden salud vigilada, estudio y diversiones, comprensión y disciplina, y Ella sonriente, acogedora, centro de luz esparcidor de bienaventuranzas.

Su ternura lúcida adivina y resuelve los problemas y las nubes del vivir.

María es, asimismo, la voz que todos queremos escuchar.

Tres veces hija del acierto: en el buen amor, en el mejor sentir, en el gusto exquisito.

Diamante de perfecciones. Difunde destellos que nunca terminamos de contar.

María se llama el color de mi alegría.

¿Por qué buscar el enigma del universo en los espacios estelares o en el abismo de los átomos, si basta para entenderlo un corazón amante de mujer?

Nada hay estable en el mundo, todo inseguro. Mas junto a Ella me siento fuerte y seguro.

¿Quién da sentido y resonancia al paisaje exterior y a las comarcas de la intimidad?

María se nombra la reveladora del instante.

Siempre en deuda con Ella. Ni agotando las gotas de la mar, una por una, podría devolver lo que me vino de sus manos amorosas.

Los seres múltiples de mi ser son criaturas de su afecto y su cuidado.

Siempre serena. Tranquila y tierna siempre. Nadie la aventaja en encanto ni en belleza.

¡Porque María es el sueño más hermoso de la vida!

LAUDE 12

Diré, esta vez, Retrato de mi Mujer.

Cuando la conocí era reina en la casa de sus padres, como después lo fue de la mía. Laboriosa, incansable, la llamaban la "jovencita de Oro", porque sabía de todo y solucionaba los problemas de cualquiera.

Manejaba su casa como un reloj ordena sus minutos y segundos, con precisión maravillosa. Todos le obedecían: personas y cosas. No gustaba de la cocina mas cuando ella intervenía la comida se trocaba en festín. En sus manos vestidos y sombreros se negaban a cumplir años, las cosas duraban más, pisos y vidrios vestían siempre domingo.

Era un centro de amor y abnegación en torno al cual se organizaba su familia. María para todo. Para salir del apuro, para lucir mejor, para aliviar dolencias, para alegrar una fiesta, para encantar los días y desencantar las noches.

Tenía la virtud antigua del diamante y el recato de la virgen cristiana, pero la risa pronta y el júbilo bailando en los ojos oscuros y vivaces. Su inteligencia mucha, la sensibilidad despierta y noble. Comunicaba fácilmente sin entregar su intimidad. Sociable y retraída al mismo tiempo. Recta, intrépida, firme, limpia, clara, luminosa, sagaz, cambiante, renovada de encanto y de presencia era única entre todas.

Pero yo no la amé al principio por su mucha virtud y sus finos dones espirituales, porque era entonces, un muchacho tonto que solo tenía mirar para su espléndida belleza.

Ni la Afrodita ideal de las remotas paganías, ni la Sofía Loren de los cánones moderno pueden atestiguar el hechizo inmortal de la mujer que elegí por compañera de mi vida. Cuando casé con Ella comprendí que nacía a nueva vida.

Cuerpo que nunca declina, cara de siempre novia. Una estampa soberbia de mujer de raza. Ojos oscuros, remanso y acicate, en los cuales aprendí el misterio del mundo y el secreto de mi dicha. Ni veinticinco beldades escogidas entre las más famosas en todas las edades de la historia, podrían dar la carga eléctrica de admiración y felicidad que irradiaban los veinticinco años de María Paz Campero.

Cogía su mano, me sumergía en su mirar profundo, escuchaba su voz traspasada de ternura. A su lado siempre la fragancia de la retama, una delicia trascendida de lirras, tiorbas y laúdes, el triple encantamiento de salud, virtud y juventud.

Casamos hace treinta y tres años y desde entonces sólo armonía y regalo para mí.

Me fué moldeando el carácter, organizó mi casa, hijos medio dió como jamás soñé: imagen de su pureza y su hermosura. Gracias a Ella tuve salud constante, reposo para estudiar y producir, estímulo en el bien hacer, reuniones familiares inolvidables, afecto de los amigos y admiración de los extraños.

Es el genio invisible al que debo todo cuanto soy. No quiere salir, no quiere lucir, pero cuando la tomo del brazo y me la llevo por calles y cines, muchos voltean la cabeza porque las diosas no salen todos los días.

Nuestra casa, vieja de años, joven por sus cuidados, luce como una moneda de plata recién salida del banco. El jardín florece de claveles, geranios, pensamientos, gladiolos, petunias y unas rosas tan bellas y olorosas como sólo se dan brotadas de las manos de María.

Ejemplar como hija, como esposa, como madre. Esa entrega absoluta a los suyos no tiene precio. Es justo que sus hijos la amen apasionadamente.

Como amante y compañera no tiene rival. Callar me manda el pudor porque la intimidad matrimonial pertenece solo a dos que la comparte, pero sí diré que si cien vidas tuviera y mil veces debiera escoger amada siempre volvería a Ella.

Más no se piense que por amorosa dedicación al marido, a la familia y a la casa, haya olvidado los primores del espíritu. María es la feliz excepción de la dama culta sin intelectualismo. Los ratos de ocio incursiona por la historia y la geografía, estudia libros de arte, lee biografías, frecuenta los clásicos y está bien informada del acontecer contemporáneo. Cuando estuvimos de embajadores en el Vaticano sobresalía por su distinción, su habla discreta y elevada. Ella nos guiaba a museos y monumentos, y con innato buen gusto descubría los cuadros más famosos y las esculturas más notables.

Una mujer con la cual se puede hablar de cualquier tema, pero que no ostenta sino que dosifica su saber ¿no es extraordinario?

Mi mujer pasa de los asuntos graves y elevados a las bromas finas y al ligero esparcimiento. Tiene el genio alegre de una mocita y el ingenio despierto. A su lado imposible el aburrimiento y el hastío, porque mana frescura diversidad como un manantial. Este don eterno de juventud, esta primavera del alma ¿no son atributos divinos? Además, arte sutilísima, adivina los

estados de ánimo de su marido; sabe callar, se entusiasma, se aflige, desborda de alegría, minimiza los contrastes, acrecienta las buenas nuevas, vibra o se atenúa al diapason del compañero.

Pienso en Ella como en un ser misterioso que vino al mundo para esparcir claridad y armonía, para hacer mejores a todos los que gozan de su presencia.

Mi mujer sabe pegar un botón, resucitar un traje viejo, hace durar los objetos, organiza sabiamente el movimiento de la casa. Enemiga del polvo lo ahuyenta con ágil mano, amiga del aire abre las ventanas para que corretee por las habitaciones. Su ciencia doméstica para resolver los mil problemas menudos del mundillo cotidiano no tiene par. Cura sin ser médico, enseña sin ser profesora, aconseja mejor que un abogado, un político o un banquero.

La esposa que después de un tercio de siglo de vida conyugal sigue amada y deseada como el día primero ¿no es la esposa ideal? En cierta manera, no accesible a todos, ella es el mejor de mis libros que refleja mi ciencia de la vida y mi arte de escritor.

Solemos escuchar buena música —Bach, Haendel, Mozart, Beethoven, Vivaldi, Schubert los favoritos — y terminamos invariablemente con "Adelaida", "Für Elise" o una sonata del hombre de Bonn. Ama las porcelanas, las flores, los pájaros. Es paciente con los niños y con los ancianos. Prefiere el arreglo de la casa a la mejor fiesta, pero cuando asiste a una es ágil bailarina y alegre animadora de la reunión. Sabe apreciar el encanto de joyas, pieles, vestidos, perfumes, brillantes, pero nunca los pide. Si exquisita femineidad corre pareja con el natural desprendimiento.

No es la compañera pegajosa, insistente, que amarga la vida de muchos, sino al contrario: la que hace desear su compañía, la discreta enamorada, la que por conceder entera libertad al esposo hace añorar el suave cautiverio de su encanto.

Cuando miro tanto amigo desdichado en busca de aventuras, cifro mi dicha en la aventura renovada de salir con Ella. Porque María siempre igual siempre diferente, tiene magia: cada instante, junto a ella, trasciende a revelación poesía. Todavía no encontré — ni hallaré jamás — quien la supere en gracia y hermosura como compañera de una noche.

Conoce a las gentes de una sola mirada. No se le puede mentir, detesta el engaño. Como la espada: es de una pieza, ni se dobla ni se ablanda en cuestiones de ética y conducta. Firme de carácter, sabe perdonar mas pone precio a su perdón. Dulce y tierna de corazón, no se rinde a los halagos ni a las amenazas. Sabe hacerse obedecer, mas nadie la vence en ternura y abnegación. Así todos la adoran y temen ofenderla porque la saben justa.

Tanto hizo Ella por nosotros — ¡cuánto más por mí! — que si juntáramos, durante mil años, esas piedrecitas maravillosas de Copacabana para elevarle una torre de los homenajes trasunto de nuestra gratitud, apenas sería el mínimo y pálido reflejo de nuestro amor reconocido.

Suele pensar que mi arte de escritor es solo una emanación de su persona y que ha crecido así: fuerte, noble, maduro en su belleza sabia, porque bebió virtud y ascendió dignidad en su regazo. Por Ella nací cuatro veces: esposo, padre, amante, soñador. Nadie fue más hondo en la genealogía de las dichas.

No puedo referirme a todas las habilidades de mi mujer porque entonces no haría su retrato sino su biografía, pero me detendré en una que todos evocan con nostalgia.

El arte de transformar una reunión familiar en una fiesta de las hadas lo conocen pocas mujeres, pero con la gracia y perfección que lo hace María, ninguna.

Se abren las puertas del comedor, se encienden las luces y los ojos, estupefactos, se preguntan qué varita mágica hizo brotar esta mesa tan primorosamente ataviada. Fina mantelería,

copas de cristal, el oro y el cobalto disputando primacías en la porcelana de Limoges, una gran bandeja de plata con frutas capitosas, al centro flores de vivos colores, brillante la cuchillería. Donde vaya la mirada encuentra toques de buen gusto. Llegan viandas y manjares exquisitos como solo saben preparar las manos de María. El sol dormido en los vinos despierta el sol de los corazones. Postres y helados exquisitos. Los geniecillos del buen café travesean alegres y confiados.

¿Sabe, alguien, lo que ha costado preparar y animar este ambiente de cordialidad y fantasía?

Yo solo sé que si me dieran a escoger entre los festines de los dioses, los hombres de los palacios encumbrados, los ágapes suntuosos a la manera de Watteau y el Veronés, volvería siempre a las reuniones de familia organizadas por mi mujer donde el señorío se junta con la gracia, y unos ojos bellísimos y una sonrisa suave dicen sin palabras: "todo esto se hizo para verlos felices".

Tres horas después de alejarse los comensales, cada cosa limpia y reluciente vuelve a colocarse en el sitio adecuado. La casa recobra su decoro y armonía.

Ella ha pasado los cincuenta y aparenta treinta y cinco. ¿Y qué es la edad sino el modo cómo uno vive y se siente, el júbilo que nos rejuvenece al contemplar siempre joven a la esposa amada?

Por las mañanas, al levantarme, me parece estar casado con una jovencita. En las noches, al acostarme, bendigo a Dios porque me concedió la compañera jamás imaginada.

Adivina mis pensamientos, conoce mis gustos y preferencias, sabe hacerme grata la existencia y leves los pesares. Es mi mejor amigo.

A veces me visitan unos pequeños celos de enamorado: la quieren y necesitan tantos en la familia, no puedo guardarla sólo para mí. Pero me consuelo pensando que al fin siempre volverá a mis brazos porque Ella vive de mi comprensión y mi cariño.

Jamás caballero alguno fue mejor amado ni atendido. Una tan fina inteligencia en otra tan asombrosa actividad.

Es la paz. Es la dicha. Es el misterio.

La que nos da distracción honesta, el día sosegado, la noche santificada por el rezo necesario. Todo nace de Ella, a Ella vuelve todo.

Alegre sin estrépito, grave sin descaecimiento, conoce la gama de matices sensibles para hacer rica y varia la existencia. Conduce el contento consigo; y cuando sale de una habitación se lleva la alegría.

Es el centro del mundo, sabiduría y belleza invariables. Una presencia familiar y misteriosa al mismo tiempo que anuncia desconocidas beatitudes.

Rosa entreabierta apenas, milagro de fragancia y de bondad que se esparce en los rendidos corazones que la adoran.

Hizo del matrimonio arca santa de conducta y creación espiritual.

La mujer que no se parece a ninguna y sin embargo todas las mujeres es una.

Imagen ni retrato algunos podrían expresar el círculo perfecto en que coinciden su radiante apariencia y su interior armonía. Porque en Ella la maravilla viva supera la reproducción humana.

María, mi mujer. La siempre pálidamente cantada, porque transcurre más allá de música y palabras.

LAUDE 13

El hombre inició su marcha hacia los planetas. Después proseguirá al encuentro de estrellas lejanísimas.

El mar encierra tales riquezas y enigmas, que nadie podría enumerarlas.

Si miras bien, las piedras y los árboles contienen manantiales de belleza.

Se arquitecturan los cristales. Verde es el canto de las hojas. Un reino invisible traza el vuelo de los pájaros.

El amanecer te inunda de luz y de alegría. La hora crepuscular te devuelve al reino de la melancolía.

Hermosa es la Vida y la Muerte sin respuesta. Entre ambas transcurren tantas cosas, que el ser vivo se siente dioscecillo fabulador del torrente que lo mueve.

Todo es portento. Viajero o quieto, si adiestró sus ojos y avivó su inteligencia, el hombre puede descubrir mundos nuevos en cada instante.

Un libro, una escultura, un cuadro, una música multiplican la captura continuada de la maravilla viva, que a su vez te incorpora a sus órbitas centrífugas.

¡Muévete, viaja, pregunta sin cesar, averigua todo, cambia sin tregua de meta y de inquietud! Infinito es el pensar, no tiene término el sentir. Penétralos.

La suprema ciencia del vivir búscala entre hombres. La más alta belleza en las mujeres.

Dios, la Virtud, el Amor, la Sabiduría, la Gloria, el Poder, los goces de la Sensibilidad: he ahí los Siete Arcanos del trayecto humano.

El abismo interior es tan vasto y complicado como el universo físico. Nunca agotarás el conocimiento de lo que existe detrás de sus vacíos vertiginosos.

Te invito a sumergirte en la Vida, en el grandioso espectáculo fascinador de sus ondas irisadas. Terror y maravilla. Irías más hondo que Kafir, Hafiz, Attar... Podrías alcanzar a nuevo Fausto... ¡Atrévete con el mundo y con tu alma!

— No perturbes mi encantamiento. Una mirada, una sonrisa de la Muy Amada, contienen toda la grandeza y el misterio de la Vida. Deja que me tienda a la sombra de su ternura.

LAUDE 14

Cada día más joven, seductora, surge del velo del tiempo como el mensaje de una sonara de esperanza.

"Ha visto a Dios en el rostro de una mujer hermosa" — dice el poeta sufí para significar el asombro del amor. Pero pocos entienden la gramática simple y escondida que baja del cielo. Porque El está aquí, se manifiesta. Irradia a los humanos. Y una vez, entre millones, sola estrella en enjambres galácticos, sella el misterio de la criatura elegida para regocijo de la familia cristiana:

— Te llamarás María, fuente de felicidad.

Crisálida y mariposa, varias en una, desarrollando en transformaciones mágicas, su poder de seducción.

En la adolescencia confusa, sin forma, sin nombre, sin presencia, presentida apenas, encarnó la idealidad soñada.

Luego la Amada que parecía imposible, la victoria que no podía ser para una apasionada juventud.

Después la Novia bellísima que desata los hilos del Destino.

Esposa y amante. Amiga y consejera. La musa que roza las sienes del poeta.

La madrecita que esparce luz y alegría con los hijos brotados de su seno.

La dueña de su hogar, reina y obrera a la vez: todas las artes del bien hacer y del mejor presentar en sus manos.

Gran dama y persona sencilla a un tiempo. Maestra de vidas, entregada al contentamiento de los suyos.

La que regula vuelos y anclajes del espíritu. Dió a la pena decoro, al júbilo la nobleza. Sus labios, manantial de verdad. Sus ojos, lumbre de dichas.

Cofre de perfección. Modelo inimitable. Ella solamente.

Integra y leal como la luz del día. Profunda y recatada como la noche misteriosa.

Diosa y Mujer.

Y no puedo proseguir porque el nombre de María, como el canto gregoriano, es un manar sin fin: sugiere, sugiere sin descanso y apunta al zafiro estrellado. ¡Jamás terminaría!

LAUDE 15

Y preguntó el buscador al Amauta envejecido en las montañas de los Andes:

—¿Cuál es la mejor recompensa?

Y el Amauta contestó:

— Terminar al cabo de la vida la obra soñada por una ardiente juventud.

Insistió el buscador:

—¿Y el mérito más alto?

Replicó el Amauta:

— Renunciar a la propia victoria por el bienestar de los demás.

Volvió a interrogar el buscador:

—¿Y la felicidad duradera?

Dijo el Amauta:

— Es cuando encuentras una de la que nunca desearías separarte.

"He comprendido" — se dijo el buscador. Volvió a su casa y sumergiéndose en el arcano de los ojos de su Amada supo que existe el ideal hecho mujer.

LAUDE 16

Cada aniversario me sabe a maravilla. ¿Qué hice para merecer la mejor Dama que jamás tuvo varón alguno?

La familia, toda, gira como una ronda de planetas en torno a Ella. La suma de mi cavilar y de mi hacer está como trasvolada de su hondísima ternura.

¡Oh mi Señora, la Muy Amada!

Mientras la vida nos va profundizando y todos en su redor decaen o aminoran, Ella es preservada de mal y frustración. Eterna juventud tres veces ungida: rostro, figura, espíritu inmortal. Mi felicidad como siempre tierna, su compañía como nunca igualada en el ardiente corazón que la enamora.

Como reverenció al Señor en la quietud del templo, sin voces casi, aparte de la oración, así la amo y la siento en mí, en altura y grandeza inaccesibles que imagen alguna podría representar.

Magia de amanecer puso en mi pensamiento, fuego inextinguible en mi voluntad. El libro fabuloso que soñaba componer desde la adolescencia, lo escribimos juntos en el milagro de nuestra vida compartida; y es tan excelso que no puede ser transcrito: "es", sencillamente.

Ahondo en el enigma de su ser y de su nombre. Es la que aproxima a Dios y a la virtud.

Yo, el rendido, el siempre deslumbrado adorador ¿qué puedo decir que sea digno de su encanto?

Ahora la quiero cien veces más que hace un instante.

La pasión de ser su marido y compañero se acrece de su propia grandeza, como el universo, siempre en expansión.

La digna, la recatada, la beldad que cambió los reinos del mundo por la ventura de un hogar.

Estrella de mi destino, todo podría descifrar menos el portento de su belleza y de su hechizo.

No ha nacido el poeta capaz de cantar sus excelencias, ni habrá varón que me aventaje en la fortuna de llamarla:

—¡Oh mi Señora, la Muy Amada!

LAUDE 17

Es que imposible amor, pasión desesperada, afecto contrariado son los más hondos?

Leyenda, novela, poesía inventan. Con finas tintas engañosas dolor y leyes morales acrecientan a los amantes: se pensó — siempre — que la desgracia hace profundo el padecer de los desventurados.

Dante o Tristán, Novalis o Werther, Romeo o Abelardo: he aquí los que serían arquetipos del perfecto amor. O Khayyam el desencantado, que buscaba en todas lo que no podía hallar en ninguna. O Kiergekaard, que halló y perdió el sentido misterioso de la dicha en el amar. No se olvide al pobre y grande Don Quijote de la Mancha enamorado del ideal en forma de mujer.

¿Por qué pensar que quienes más padecieron fueron mejores amadores?

La meta inalcanzable, el idilio trunco, la desventura final como exaltan y hermocean las pasiones infortunadas.

Pero no es verdad que lo difícil y prohibido — y solamente ello — eleve el sentimiento a las estrellas.

Porque existe otra forma de amor no por desdeñada menos digna de canto y alabanza.

Es la pasión conyugal, reina del mundo. Invisible, silenciosa, no quiere ser pregonada. Le basta ser en sí misma. Es la aventura mayor porque una vez iniciada ya no conoce término. Y en hondura y riqueza de accidentes nadie la aventaja.

Fuente sellada: ¿por qué dejarían correr su cauce para todos si se reserva solo para dos que se aman y se entienden?

La dicha más duradera es la ignorada. Aquella que mira para adentro.

Y no es cierto que amor desventurado sea el más alto porque un querer matrimonial está creciendo siempre, asciende sin descanso. A los esposos entregó Dios el secreto de la felicidad. ¿Pero quienes lo son en verdad y en persistencia?

No sé por qué se busca grandeza y misterio más allá de los muros de la casa, si misterio y grandeza reposan dentro de los muros de la casa. Y en su Señora, la Venturosa, que tiene en sus manos todos los hilos del destino.

Una sonrisa suya me entrega los tesoros de la tierra. Una mirada de sus ojos revela los enigmas de mundos ignorados. Y el cielo estrellado y la mar profunda y las cordilleras altísimas y los bosques indecibles no contienen mayor grandeza que la sencilla majestad de su ternura.

Digo: "María" y todo se enciende como recién nacido.

Me sumerjo en la música. O Ella me invade. Leo y me multiplico en los libros. El paisaje me cautiva con sus líneas siempre iguales y siempre diferentes. Gusto de los amigos, del diálogo, de las cenas fraternales, escalar cerros, pelear por causas justas, denunciar lo indigno, ayudar a los buenos, combatir a los malos, hacer cosas, cosas, nunca descansar... Preguntar, preguntar, indagar siempre... Por la inteligencia conozco, por la sensibilidad vivo. Acción, meditación son mis

brújulas. Y sueño y pienso y planeo y ejecuto y me imagino ser un grande hombre aunque solo sea una pequeña criatura.

Ella se aproxima, entonces, pone sus manos en mi frente y ahuyenta pesares e inquietudes.

Me tranquilizo. Dejo de soñar. Recojo los destellos del oro vivo que me circunda. Amor y comprensión, delicadeza y encanto de la esposa brotan como las aspas de la Cruz del Sur: luz inextinguible.

Muchos me superaron en la estatura de sus sueños y en la magnitud de sus acciones. Pero yo fui elegido entre todos, porque casé con mujer buena y hermosa, suscitadora de nobles pensamiento y decoroso obrar.

Vencedora del tiempo, animadora del espacio familiar.

No puedes compararla con nada porque es Ella la que engendra razones y parecidos. Luz del mundo.

Sólo su voz. Sólo su mirada misteriosa. Sólo su fina inteligencia. Sólo su sonrisa robadora de corazones.

María victoriosa: la que nadie podría igualar porque dió origen al sueño más hermosos de la vida: el sueño del amor que se sustenta de su propia perfección.

Mujer digna, compañera fiel ¿quien ensombrecería sus laureles?

Y a la mía digo con labio agradecido:

— ¡Bendita, tu, Señora del Instante, portadora de la eterna dicha!

LAUDE 18

Me dijeron:

—Sabes que vendrán infortunio y dolor, que llegará la vejez, finalmente la Separadora de los Amantes; ¿y no te afliges?

He respondido:

— El cristiano debe soportar con igual decoro bienestar y sufrimiento. No tengo miedo a la muerte ni el más allá me inquieta. María y Fernando, eterno amor que conoció principio mas no fin, nada tienen que temer.

Insistieron:

— Pero si uno parte antes que el otro ¿qué hará el solitario?

Contesté:

— Siempre estaremos juntos, en esta vida y en la otra. Ella me dió confianza en la Vida, serenidad para afrontar la Muerte. ¿Por qué asustarse? María es la palabra que abre las puertas de la eternidad.

LAUDE 19

Egregia Coniux — decían los romanos para enaltecer a la buena esposa. Dechado de virtudes.

Mujer insigne, la mía: en diez mil años no aparecerá otra como Ella, tocada por la mano de Dios.

Todos, en casa, hechura de sus manos, arcilla de su amor.

Quando el Señor nos enseña la variedad y esplendor de a Creación, no ofusca con el poder de sus revelaciones. Pero si reflexiono en el prodigio matrimonial que compartimos, advierto que El me concedió por mediación suya poderes y encantamientos que alcanzan las más altas verdades. Porque es en el ser humano, en la armonía o en las tempestades del alma, a través del espíritu elegido, donde se eterniza la fugacidad del tránsito terreno.

Estar junta a ella sigue siendo la suma ventura de mi vida. Mirarme en sus ojos: enigma sagrado. Pasar del otoño al invierno teniéndola próxima, un regalo del Señor.

Tan pequeños y pobres mis Laudes en su honor, que una sonrisa de sus labios esparce más claridad que todo el tumulto de mis alabanzas.

María, nombre santo, estrella de bondad que se sustenta de su propia virtud y señorío.

Ya nada puede pedir el soñador: colmados fueron sus sueños.

¿Pero es que fueron justamente loadas las gracias y virtudes de la Muy Amada? Apenas levantado el velo que las cubre.

Como un preludio de Bach que engarza dócilmente sus notas sin agotar la beatitud de su mensaje, en Ella significaciones y ternuras manan sin descanso. Siempre jóvenes.

Me pregunto después de tan larga y continuada dicha, si hay bajo el sol más hermoso que el nombre de María.

Y a los tontos o a los ofuscados que buscan en caras juveniles o en aventuras efímeras, el eterno resplandor de la Belleza, les diré el secreto de la felicidad:

— Una mirada, una sonrisa, la voz encantadora de la Esposa Siempre Novia.

LAUDE 20

Escuché preguntar:

—¿Cuál es la suprema dicha de este mundo?

Una voz dijo:

— Buscar a Dios sabiendo que no se puede hallarlo.

Otra agregó:

— Afinar la inteligencia evitando las redes de Satán.

Una tercera:

—El poder y el dinero que lo mueven todo.

Otra más:

— El heroísmo que eleva al hombre por encima de sí mismo.

La quinta dijo:

— La pasión que nos transporta en vértigos ardientes.

Alguna, lejana, murmuró:

— La vida sensible que exprime los goces del instante.

Esta, próxima, expresó:

— Un pasar virtuoso, cercano a la sabiduría y a la templanza.

Aquella, orgullosa, añadió:

— La ambición que hace del hombre un dios.

Esa otra, humilde, manifestó:

— La bondad, el renunciamiento, que aproximan a la santidad.

Una más se levantó soberbia:

— La energía que nos hace dueños del mundo y de los otros.

Oí decir:

— El trabajo que nos tiene siempre ocupados.

Me preguntaron:

—¿Tu, qué piensas, cuál es la suprema dicha de este mundo?

He contestado con una sola palabra:

—María.

A LA BIEN AMADA LEJANA

Era el día feliz sobre todos los días.

El sol de Dios brillaba en el jardín; el sol de nuestro amor esclarecía la estancia. Te despertaba con trémula alegría. Las rosas se abrían jubilosas al Señor; yo ponía la más bella, la rosa de la gratitud a tus pies. Y leíamos juntos, conmovidos, los poemas de reconocimiento que cada aniversario florecían para tí.

Lágrimas de dicha asomaban a tus ojos, los hermosísimos. Yo me sumergía en el asombro de tu faz.

Sucedió muchas veces. El rito del amor fiel renacía siempre en pasmo maravilla. Jóvenes nuevamente, niños tal vez, el misterio del primer beso, la promesa inicial trazaban un aro azul en nuestra ventura.

Esta mañana el sol de Dios no visitó el jardín. La estancia triste y silenciosa. No había rosas en los rosales. No tuve a quien despertar: el lecho vacío esparcía sombras en el corazón, llanto en los ojos. Desgarrado, en silencio, puse mi poema en el cabezal de su cama.

La Bien Amada lejana ¿recogería mi congoja?

La que antes fuera plegaria de regocijo y gratitud, es hoy elegía de angustia y desesperanza.

Soledad del abandonado ¿quien podría expresarla? Sucede y desgarras simplemente. Día sin colores, noche sin estrellas. Un diamante negro dardea, insidioso, los caminos del corazón.

He regresado al limbo de donde me sacó tu amor. En soledad, melancólico, debo desandar la ruta prodigiosa que recorrimos juntos.

"Adelaida" y "Für Elise" quieren acercarnos vanamente.

Pero tú estás tan distante, tan distante que solo el Juez de las Estrellas puede medir la distancia que nos separa.

Y no obstante — presencia continua sin presencia — sigues siendo Reina indiscutida en la familia y en la casa. Porque todo evoca tu imagen y tu encanto. Bienhechora de los días, Hada en el nocturno tránsito.

Faltando tú las horas se tejen de melancolía, los minutos desgranar pesadumbres.

¿Cómo el más dichoso pudo caer a más infortunado?

Esposa Siempre-Novia:

Yo seguiré siendo marido, amante y compañero para tí. Mujer alguna turbará mi mente ni entrará a mi corazón, porque ellos son residencia de María.

Cuarenta veces la escala que lleva al Paraíso descendió hasta nosotros. Ahora oscuridad y soledad para el Soñador que perdió mujer y musa.

El mundo apagó sus colores, la vida degrada sus prestigios. Ya nunca más la entusiasta alegría ni las hondísimas ternuras. Nunca más...

¡Oh tu, la Bien Amada, lejana y próxima a la vez!

Es el día triste sobre todos. La nostalgia del amor dichoso se abre como capullo herido en mi corazón. Te pienso. Te lloro. Te bendigo.

¿Qué hado cruel separó nuestras vidas? He perdido la mejor mitad de mí mismo.

Voz de mi voz, fabricadora de mis bienandanzas.

Romperé las cuerdas de mi lira. Sepultaré mis sueños bajo la dura tierra. Solo dolor y abandono para el solitario.

El Señor quiso recogerte en el dorado otoño, cuando seres y cosas se tiñen del color del azafrán. Intacta y pura. Diosa de juventud y de belleza que la Vida admiró y la Muerte transfigura.

¡Oh María, la queridísima!

Que don de Dios haberte recibido por compañera de mi vida, qué congoja verme convertido en el dolido cantor de tu ausencia.

© Rolando Diez de Medina, 2003
La Paz – Bolivia

[Inicio](#)